

dió allí la vida: para la mayor parte, la cosa es muy sencilla y muy fácil. ¡Vamos á ver un ejemplar curioso!

## IV.

Por una ironía de la suerte hubo en el siglo pasado un ministro de la Iglesia que se creyó llamado á echar por tierra los errores de Rousseau. En su modestia, conservó el anónimo, pero importa poco: es un tipo del cual habia y aun hay más de un ejemplar. Es hijo de un país que era considerado como la Beocia de la Europa, y que debia esta reputacion á la dominacion secular de un catolicismo tan ortodoxo como desprovisto de inteligencia. En 1765 apareció en Courtrai una *Demostracion de la fe católica, ó Refutacion de la escéptica profesion de fe del vicario saboyano, por un cura flamenco*. ¡El bueno del cura no habia leído los *Viajes de Gulliver*, lo cual fué una ventaja para la posteridad! La historia de los *Liliputienses* hubiera podido abrirle los ojos acerca de su infinita pequenez y de la grandeza colosal del gigante á quien iba á combatir; hubiéramos perdido una obra maestra de necedad clerical. Decimos que el catolicismo embrutece las inteligencias. Juzgue el lector por el ungido del Señor que va á conocer.

Cuando el cura tomó la pluma ó la lanza, Rousseau se hallaba perseguido en todas partes, en París, en Ginebra; obligado á huir, andaba errante de un asilo á otro. El cura flamenco predicaba muy buenos sermones sobre la caridad; sin duda, á pesar de combatir los errores del filósofo, tendrá alguna piedad del hombre, tendrá compasion del pobre fugitivo, que no tenia una piedra donde reclinar su cabeza. El cura sacude fuerte al *ex-ciudadano*, como suele llamarle. Le dejamos la palabra conservando su estilo: es chabacano, y es la expresion perfecta del hombre: «La pluma de Juan Jacobo, demasiado dócil para servir á su dueño (no podemos decir otro tanto de la del cura) le ha conducido á un precipicio, en el que ha dado una caída terrible. A pesar de esta terrible caída en el precipicio, Rousseau ha conservado la agilidad de sus piernas, y estas piernas le han puesto en salvo de los golpes formida-

bles del parlamento» (1). El sentimiento y el lenguaje están en perfecta armonía. Se dice que los filósofos han robado al cristianismo la caridad, y que para disfrazar su latrocinio, la han llamado *humanidad*: si ha habido robo, no ha sido ciertamente á las gentes de Iglesia: charlatanes de caridad, su corazón no ha palpitado nunca por los sufrimientos de sus semejantes: la caridad clerical se parece tanto al ódio, que es imposible distinguirlos.

Es verdad que se trata de un filósofo, y los filósofos son para un ortodoxo los peores de los herejes. ¿Cuáles son los crímenes de Rousseau? «Ha venido, dice el cura, á corromper las costumbres y la religion de una nacion católica.» Es, como se ve, el Rousseau de Beranger. Antes de Rousseau las *costumbres* tenian en Francia una pureza patriarcal, testigos el Regente y el cardenal Dubois: la *fe* se hallaba en todo su esplendor; testigos, los primeros preceptores de Voltaire, los abates que enseñaban á su discípulo la incredulidad al enseñarle á leer. Continúa el cura: «Ha turbado el reposo del público, ha atacado á las constituciones de los Estados, para sustituirlas con la anarquía.» Esto es difícil de comprender: no vemos cómo el *Emilio* ha podido producir todos estos desastres: tal vez el cura flamenco presentia que el filósofo de Ginebra sembraba gérmenes de revolucion. Después de haber cometido todos estos crímenes, prosigue el teólogo belga, Rousseau pide un *salario*. Nadie adivinaria en qué consiste ese salario: *que le dejen morir en paz*. ¡Qué exigencia y qué atrevimiento! El cura hace saber al *ex-ciudadano* «que no se perdona á los que tienen un carácter tan tenaz como el suyo.» Recuérdese que la obstinacion en el error es propia de los herejes. Por este concepto Juan Jacobo merecia la hoguera. Rousseau pretendia, es verdad, que si su libro era malo, debian atacar al libro, refutarlo y dejar en paz al autor. El maligno cura imaginó que esto queria decir que se debia *castigar al escrito y perdonar al autor*. Con este motivo exclama: «¡Vaya una jurisprudencia nueva! Se castigará al robo y se dejará escapar al ladrón» (2). Y todos los curas flamencos aplaudieron este rasgo de ingenio de su chistoso colega.

(1) *Demostracion de la fe*, t. I, p. 1.

(2) *Idem*, p. 3 y sig.

El cura de Courtrai era teólogo, y un teólogo no puede desplegar sus labios sin injuriar á sus adversarios; faltaria á la costumbre, si fuese cortés: « El *Emilio* no es bueno más que para los libertinos, y áun para éstos es inútil, porque de sobra conocen el ancho camino que los ha de conducir al infierno, sin que necesiten que vengais á enseñárselo. » La palabra *infierno* inspira al cura. Apostrofa al *ex-ciudadano* y le dice: « Habeis hecho del tomo tercero de vuestro *Emilio* como el arsenal del infierno, en el cual habeis amontonado todas las armas que se pueden esgrimir contra la religion. » Es decir que el *Emilio* es un libro diabólico. ¿Cómo es que ese tizon del infierno seduce tanto á sus lectores? El cura, que es fuerte en literatura, responde que Rousseau seduce al mundo con la *gala de su estilo*, poniendo en ridículo á los teólogos, gentes fanáticas demasiado apegadas á las *opiniones antiguas* (1). Sin embargo, las *galas del estilo* y el ridículo de los teólogos no bastan para explicar el éxito prodigioso del *Emilio*. Si la gente ilustrada se obstina en leerlo, es porque ha sido quemado por orden del parlamento: « Su *quema* ha hecho su reputacion » (2). ¡Pícara *quema*!

Si la *quema* del *Emilio* hizo su reputacion, ¿no hubiera sido mejor no quemarlo y discutir? Pero era más fácil quemar el *Emilio* que refutarlo. El cura lo sabe por experiencia propia. Se puso animosamente á escribir su *Refutacion de la escéptica profesion de fe del pretendido vicario saboyano*, y nadie le hizo caso, á no ser los Belgas de ideas juiciosas, los cuales no tenían necesidad de ser convertidos. Sin embargo, la refutacion merece ser conocida: la posteridad, más justa que los contemporáneos, reconocerá que es una obra maestra en su género, obra maestra de necedad, estupidez y tontería, así por el fondo como por la forma. Lo cual no impide que su lectura sea una de las más divertidas que pueden encontrarse. Además del placer que el cura proporciona á sus lectores, los instruye siguiendo el precepto de Horacio, uniendo lo útil á lo agradable. El que habla es un ungido del Señor, un órgano de la ortodoxia; vale la pena de escucharle, para aprender á cono-

(1) *Demostracion de la fe*, Discurso preliminar, p. 42, 44, 45, 46.

(2) *Ibid.*, p. 48.

cer la Iglesia del siglo XVIII. Algunos rasgos bastarán para nuestro objeto, porque, con leer una página del cura, quedan leídas todas: el mismo perfume de exquisita imbecilidad respira en toda la obra de nuestro sabio compatriota.

¿Cuál es el gran error de Rousseau? El cura flamenco responde lo mismo que el ministro reformado cuyo juicio hemos dado ya á conocer. ¡Interesante armonía que dice mucho en favor de la ortodoxia calvinista! El *Emilio* trata de la educacion. « Entremos, pues, en materia, dice el cura, *acerca de nuestra educacion*. » Se trata de saber cuál es la causa de la malicia del hombre. Rousseau niega que sea el pecado original. Esta es su gran herejía. Juan Jacobo no ha estado nunca en el seminario, ni siquiera en la universidad de Lovaina: de aquí su ignorancia. El cura se toma el trabajo de instruirlo: « Preguntais ¿por qué es malo el hombre? *Es que su voluntad se separa de la regla que es su causa inmediata*. » Si esto no es muy claro, no debe extrañarnos, porque nos estamos ocupando de un filósofo profundo y más oscuro que el autor del *Emilio*. Rousseau imagina que el hombre es bueno. ¡Qué error! Debemos creer, con la Iglesia, que está viciado por el pecado original. Esta creencia nos permite buscar el remedio. Puesto que nuestro cuerpo es el principio del mal, debemos combatir al cuerpo, ó lo que el teólogo flamenco llama *el apetito sensitivo*. Al cura le ha parecido feliz su comparacion entre la teología y la medicina; no abandona su idea hasta que ha sacado de ella todo el partido posible. Su *remedio*, dice, es un *elixir universal* (1). Lo que el cura decia era más verdad de lo que él creía. Todos los charlatanes venden *elixires* en las ferias, y sabido es su gran éxito para curar los males del hombre. El *elixir universal* de la teología tiene la misma virtud: hace siglos que los charlatanes tonsurados andan vendiendo su mercancía, y los vendedores han acabado por perder su reputacion.

Volvamos á nuestro cura. Es decididamente doctor en filosofía de la universidad de Lovaina, pozo de ciencia, como hoy se dice. El cura flamenco va á dar una leccion de lógica al *ex-ciudadano* y á todos los incrédulos: « Vuestro error, dice, procede de

(1) *Demostracion de la fe*, Discurso preliminar, p. 24, t. I, p. 15, 27-29.

que, según parece, ignorais *los límites del amor de sí mismo.*» En efecto, Rousseau, ese pretendido filósofo, no sabía que «*el hombre se ama naturalmente á sí mismo.*» Nada más legítimo, añade el bueno del cura, pero solamente «en cuanto el hombre puede conciliar el amor de sí mismo con sus deberes y los derechos del prójimo.» El cura triunfa, apostrofa nuevamente al pobre Juan Jacobo, porque es muy aficionado á las figuras de retórica, pues esto da *galas al estilo*: «Confesad, pues, dice, que razonamos mejor que vos, que, negando el pecado original, no sabe á qué atribuir la corrupción humana.» El cura está reñido con las reglas de la gramática; pero ¡qué importa! En cambio conoce el verdadero origen de la malicia del hombre; lo que no conoce Rousseau con toda *la gala de su estilo*. ¡Funesta ignorancia! ¿Cómo ha de poder curar un mal cuya causa no sabe? ¿Puede un médico curar á un enfermo sin conocer la causa de su enfermedad? El cura casi tiene compasión del *ex-ciudadano*. «En fin, señor, yo siento verme obligado á señalar con frecuencia vuestras extravagancias; habeis querido ser el médico del género humano, y no se os ha conceputado capaz ni aún de ser su charlatan» (1). ¡Este es el golpe de gracia! Por supuesto que el cura se encarga de ser el médico, ó cuando ménos el charlatan, vendiendo su *elixir universal* á los flamencos, á los cuales, como es sabido, les ha dado el remedio muy buenos resultados.

El cura reprende también otro error á Juan Jacobo. Ha leído en sus *Discursos* que el origen del *mal del hombre* está en sus relaciones con sus semejantes. Enhorabuena, dice el malicioso flamenco: «Según esto, vuestra *receta* para curar el *mal del hombre* será la siguiente: Se *encerrará* á la mitad del género humano en *células cerradas*; después se ordenará á la otra mitad que les lleven la comida y la bebida, pero por separado y con prohibición de comunicarse entre sí.» El cura canta victoria con tan chistosa ocurrencia; por lo demás no lo hace con mala intención; como discípulo de Cristo, es todo caridad: «Por vuestro amor, dice á Rousseau, *incurro en ridículo* por haceros razonar con consecuencia, y os aseguro que, razonando según vuestros principios, no hay otra

(1) *Demostración de la fe*, t. I, p. 18 y sig.

manera de curar el *mal del hombre*» (1). Puesto que el cura afirma que *se ha puesto en ridículo*, verdad debe ser, porque es incapaz de mentir.

## V.

¡Hé aquí un tipo de creyente! ¡Cura afortunado que no ha necesitado hacer violencia á su naturaleza para volverse tan bestial! Era en él una virtud de raza. No se equivocaba Pascal al imponer silencio á su razón para conservar la fe: éste es el verdadero *elixir universal*, como decía el buen cura flamenco. Es preciso creer los dogmas católicos, porque son imposibles: es preciso creerlos, porque son absurdos. Sobre todo hay que tener cuidado de no razonar. El que razona, se pierde. ¿No era Rousseau una prueba viviente de esto? Se llama cristiano, y los ortodoxos de todos colores le dicen á porfía que es un enviado del infierno. Los católicos estaban en su derecho; ¡pero los reformados! ¿No son ellos los que han introducido el enemigo en el campo? y una vez dentro de la Iglesia, ¿podía hacer otra cosa la razón más que razonar sobre el dogma? ¿no saben que es una razonadora sempiterna? Si hubiéramos de dar consejo á los ortodoxos reformados, les diríamos que dejasen á un lado la reforma, y volviesen al seno de la Iglesia católica, apostólica, romana.

Los calvinistas de Ginebra pusieron el grito en el cielo contra Rousseau: sin embargo no distaban mucho de sus errores. D'Alembert cometió la imprudencia de decir en alta voz lo que los ministros decían simplemente por lo bajo y á solas; los sucesores de Calvino eran en su mayor parte deístas. Protestaron; pero hubo entre ellos un hombre de buena fe que, sin dejar de escribir contra Rousseau, no ocultó sus convicciones. El ministro tomó también la pluma para refutar la profesión de fe del vicario saboyano; vamos á ver lo que es un adversario al cual falta poco para ser cómplice.

Rousseau presenta una objeción muy seria contra la revelación cristiana. No es la única religión que dice ser revelada; tenemos

(1) *Demostración de la fe*, t. I, p. 23 y sig.

ademas la revelacion judía y la revelacion mahometana. ¿Cómo saber cuál es la verdadera? Porque es imposible que lo sean todas. La consecuencia salta á la vista: ninguna de las tres religiones, que pretenden tener origen divino, es revelada. El ministro calvinista responde á Rousseau que se engaña: «De que Dios se haya revelado en Judea, dice, no se deduce que no se revele en China, y en rigor sería posible que hubiese tantas revelaciones como pueblos» (1). ¿Qué quiere decir esto? ¿No es la revelacion la verdad absoluta? ¿Habrá, pues, tantas verdades absolutas como naciones? Ademas estas revelaciones se contradicen. ¿Habrá dicho Dios aquí blanco y allí negro? Es evidente que el ministro calvinista no entiende ya la revelacion como la entienden los ortodoxos. Es más bien una educacion, como decia Lessing, proporcionada al genio, á las necesidades, á la cultura intelectual y moral de cada pueblo. Semejante revelacion no está léjos de ser una revelacion por medio de la humanidad. ¡De suerte que el adversario de Rousseau va más allá que él, y entra en el camino de la filosofia moderna! No exageramos. Para todo buen cristiano no hay más que una revelacion, porque la de Moisés se confunde con la de Jesucristo. En cuanto al mahometismo, es obra de la impostura. ¿Es ésta la opinion del ministro reformado? Este confiesa «que el Coran contiene todos los grandes principios de la religion natural» (2). Luego la religion mahometana es una religion verdadera, divina. ¡Qué blasfemia en boca de un cristiano, de un ungido del Señor!

¿Qué es lo que subleva á los filósofos contra la pretendida revelacion milagrosa? Que la religion, fundada en una comunicacion directa de Dios, es necesariamente la verdad absoluta. Esta verdad necesita un órgano, una Iglesia, que la conserve en depósito. Es imposible salvarse, si no se participa de la voluntad divina, en el seno de esta Iglesia; fuera de ella no hay más que error y condenacion. De aquí la muerte eterna de la inmensa mayoría de los hombres; de aquí todos los horrores de la intolerancia, bajo el

(1) *Exámen crítico de la 2.ª parte de la profesion de fe del vicario saboyano*, por A. J. R., pastor en Lóndres (1776), p. 116.

(2) *Exámen crítico de la profesion del vicario saboyano*, p. 122.

nombre de caridad. ¿Qué piensa de esto el ministro reformado? Rechaza la doctrina que mira al cristianismo como una condicion de salvacion. Se preguntará cómo es que, pensando como los filósofos, puede llamarse cristiano, y por qué ataca á Rousseau. Es que el cristianismo es una cosa muy elástica en manos de los reformados: el ministro sostiene que Jesucristo no ha enseñado nunca la doctrina que se le atribuye, y no le faltan textos, si se le permite interpretarlos á su manera (1). Dejemos á las sectas que disputen sobre los textos, y veamos qué es del cristianismo. Es evidente que deja de ser una religion milagrosamente revelada; porque ¿para qué habia de tomar Dios forma humana, sino para salvar á los hombres? Y si es posible salvarse fuera de la religion que él ha fundado, ¿para qué ha venido á predicarla? ¿Para qué sirven los milagros de la concepcion, del nacimiento, de la vida y muerte de Jesucristo? Esto es lo que Lutero y Bossuet preguntan á Zuinglio, que tuvo la impertinencia de abrir las puertas del cielo á los grandes hombres del gentilismo. Un filósofo encontraría respuesta; para que un cristiano pueda salir del paso, tiene que ser pariente muy próximo de los filósofos.

Tal es nuestro ministro reformado. Tacha de *ignorantes* á los que pretenden que no hay más que una religion verdadera; dice que es una *blasfemia* el pretender que, fuera de una Iglesia única, no hay salvacion. Bajo el punto de vista de la filosofia es evidente que tiene razon. Los ortodoxos mismos retroceden hoy de horror, cuando se dice que su fe encierra la consecuencia espantosa de que Dios castiga á los hombres por una ignorancia involuntaria; acusan á los libres pensadores de que calumnian al cristianismo, y juran y perjuran que nunca ha profesado la Iglesia semejante doctrina. El ministro calvinista dice que sería necesario ser un *fanático imbécil* para creer en semejante estupidez (2). Pues bien, entre estos *fanáticos imbéciles* se encuentra *San Agustin*, que enseña tranquilamente que los infieles son condenados á muerte eterna; entre estos *fanáticos imbéciles* se encuentra *Bossuet*, que enseña la condenacion de los niños muertos ántes de ser bautizados. ¡Cuán-

(1) *Exámen crítico*, p. 150.

(2) *Idem*, p. 159-131.

tos *fanáticos imbéciles* podíamos citar que participan de estas horribles creencias!

El ministro calvinista está bien persuadido de que esta doctrina es ajena al cristianismo. Su maestro Calvino estaba muy convencido de lo contrario. ¿Quién tiene razón? Para el que tiene ojos y quiere ver, es evidente que el cristianismo no es ya lo que en otro tiempo. ¿No era cristiano San Agustín? Sin embargo su doctrina es hoy rechazada á porfía por los reformados y por los católicos; ¡y esto tratándose del dogma fundamental del cristianismo, del pecado original! Luego es posible creer acerca del pecado original las cosas más contradictorias, y ser, sin embargo, cristiano ortodoxo. En el seno de la reforma todavía sucede más. Hay calvinista que llama á Calvino fanático imbécil. Hay luteranos que escuchan á la razón, á la cual Lutero llamaba la prostituta del diablo. ¿Cuándo, pues, serán los hombres más francos en sus opiniones? Que sigan llamándose cristianos, pase; pero que confiesen al ménos que su cristianismo no es ya el cristianismo del Evangelio, como no es el cristianismo de San Pablo, ni de Agustín, de Calvino ni de Lutero. Es un cristianismo progresivo que en su último límite ya no difiere de la filosofía más que en el nombre, un cristianismo que cuenta entre sus padres á Rousseau y aún á Voltaire.

#### § IV.—Los materialistas. Diderot. Helvecio. D'Holbach.

##### N.º 1.—El ateísmo y el Dios de la teología.

###### I.

Habia en el siglo pasado libres pensadores de más mala reputación que Voltaire y que Rousseau. Se los llama materialistas y ateos. ¡Cosa notable! El ateísmo es hoy el gran crimen que se imputa á Diderot, á Helvecio, á d'Holbach, siendo así que ellos se preciaban

de ello. Hume, el célebre escéptico, estando en Francia, pasó, lo mismo que Voltaire, por un devoto, porque era deísta. Escribió á un amigo suyo que podía decir á los reverendos padres de Escocia que no había encontrado deístas en París, por la sencilla razón de que todo el mundo era ateo. Que el ateísmo sea un crimen ó un título de gloria para los enciclopedistas, preciso es ver en qué sentido eran ateos. Porque hay diversas clases de ateísmo. Un ilustre filósofo hace observar que se ha abusado de una manera extraña de la censura de ateísmo, prodigándola á todos aquellos que no participan de la opinión corriente acerca de Dios. Hegel tiene razón. Los cristianos fueron llamados ateos por los paganos; los libres pensadores del siglo xvi pasaron por ateos, y más de uno pagó con su vida este crimen imaginario; en el siglo xvii Pascal fué clasificado entre los ateos por un sabio jesuita. Contando de este modo había más ateos que deístas. Por último, en nuestros días se lanza esta acusación contra todos los que niegan la divinidad de Jesucristo, contra todos los que no admiten un Dios personal; panteísmo y ateísmo son lo mismo para los celosos. Hé aquí una porción de especies de ateos. ¿En qué categoría debemos clasificar á los filósofos materialistas del siglo pasado?

Hegel responde á nuestra pregunta diciendo que los Diderot, los Helvetius, los d'Holbach eran panteístas á la manera de Espinosa, más bien que ateos. En este caso no se los puede llamar ateos, como no se le puede llamar á Espinosa. Rechazaban el concepto que el vulgo formaba de Dios; esto es todo lo que puede decirse, comprendiendo en este vulgo á los teólogos. Antes de condenar á los más libres pensadores del siglo xviii, continúa Hegel, conviene ver cuál es la religión que atacaban con todo el furor propio de los galos. El filósofo alemán condena esta religión con una energía, con una rudeza de lenguaje, que no es habitual en él: era, dice, la *mentira absoluta*. «No había ya en la Iglesia ni doctrina, ni costumbres, ni nada más que codicia, desorden, crápula. ¡Y ese cadáver de religión tenía la pretensión de imponer su vacío á los pensadores, como la *verdad absoluta*! ¡Y se acriminará á los filósofos por haber destruido el imperio de la superstición, unida á la hipocresía y á la estupidez! ¿No era éste el primero de sus deberes? Aun cuando no hubieran hecho más que demoler, debe-